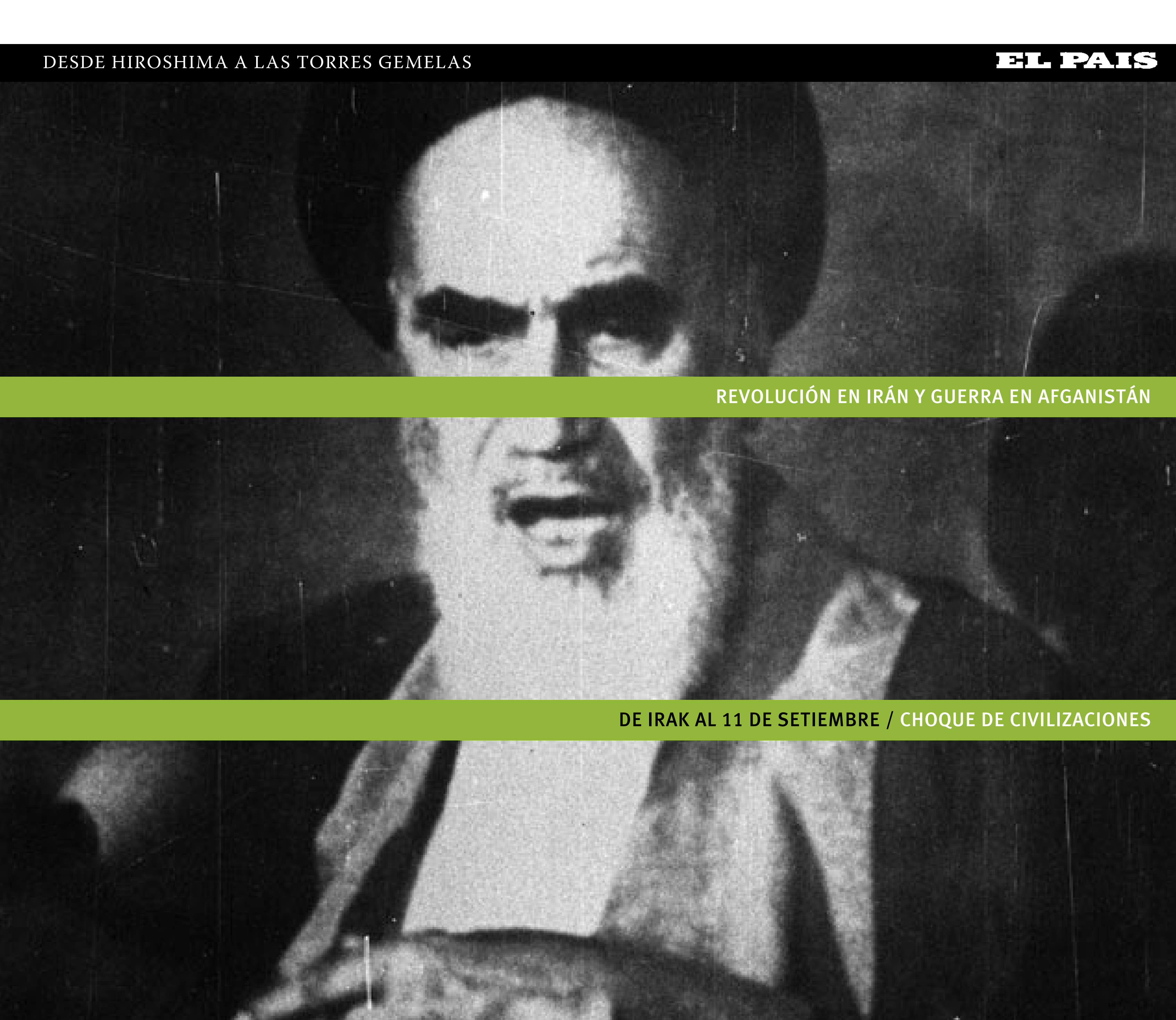
25 FASCÍCULOS
► 1940 | 1950 | 1960 | 1970 | 1980 | 1990 | 2000

historiareciente

agosto '07
17/25

DESDE HIROSHIMA A LAS TORRES GEMELAS

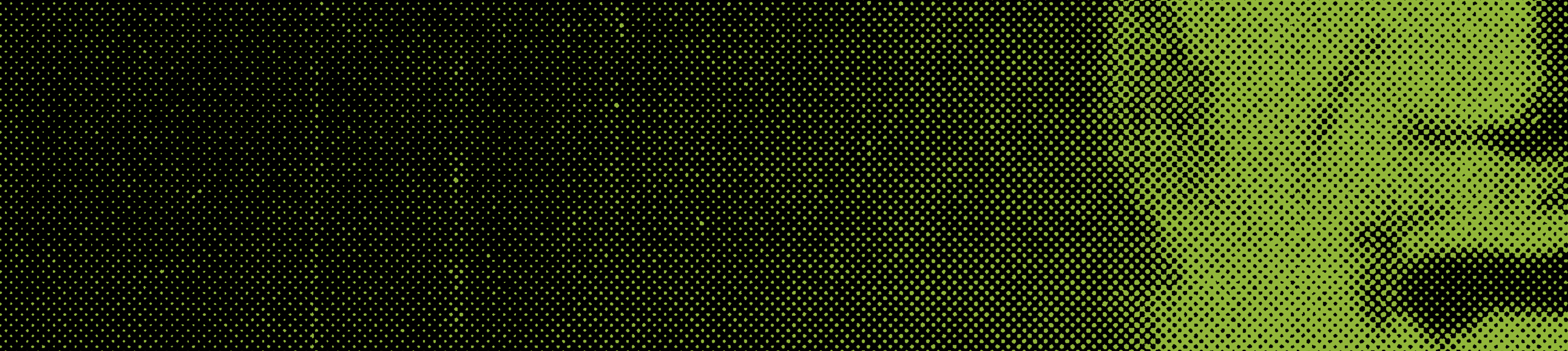
EL PAIS



REVOLUCIÓN EN IRÁN Y GUERRA EN AFGANISTÁN

DE IRAK AL 11 DE SETIEMBRE / CHOQUE DE CIVILIZACIONES

El surgimiento del integrismo islámico



17/25



ÍNDICE DEL FASCÍCULO

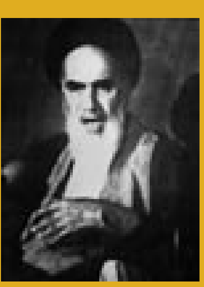
RECUADROS

△ **11 de setiembre de 2001:** Occidente descubre su vulnerabilidad y su dificultad para entender.

El 11 de setiembre de 2001, el mundo quedó consternado ante el ataque a las Torres Gemelas. La tragedia conmovió a la opinión pública por múltiples razones: el alto número de víctimas, la voluntad suicida de los secuestradores, la vulnerabilidad que mostró el país mejor armado del planeta, el valor emblemático del lugar, la combinación entre alta tecnología (aviones sofisticados, gigantescos rascacielos) y un fanatismo religioso que parecía conectar con etapas muy primitivas de la existencia humana.

Algunos componentes del ataque tenían antecedentes históricos. No era la primera vez que una acción militar era llevada a cabo por un comando suicida. Tampoco era la primera vez que se tomaba como blanco a gente inocente. Pero los suicidas solían inmolarse a sí mismos y los blancos civiles eran atacados con artillería, misiles u otras armas convencionales. El ataque a las Torres Gemelas, en cambio, se basó en una idea diferente y monstruosa: atacar a blancos civiles, usando como misiles a aviones de línea cargados de personas que no compartían la voluntad suicida de sus secuestradores.

Y luego estaba la oscuridad de los motivos. Todo acto terrorista es horroroso y condenable, pero al menos algunos tienen motivaciones identificables. Cuando el IRA irlandés mataba o la ETA vasca pone una bomba, el método es criminal pero los motivos son reconocibles. El IRA



Ayatolá Jomeini: líder de la primera revolución islámica que llegó al poder.

1980

[...] El ataque a las Torres Gemelas, en cambio, se basó en una idea diferente y monstruosa: atacar a blancos civiles, usando como misiles a aviones de línea cargados de personas que no compartían la voluntad suicida de sus secuestradores.

atacaba para terminar con la dominación británica en Irlanda y la ETA porque quiere independizar al País Vasco de España. Aun quienes reprueban el método y discrepan con el objetivo pueden entender por qué lo hacen. Las acciones del IRA o de la ETA merecen el rechazo de todos quienes respetan la dignidad de la persona humana, pero no nos resultan incomprensibles.

Parte de los actos de violencia que se cometen en Oriente Medio pertenecen a la categoría anterior: se usan métodos terroristas para perseguir fines reconocibles, como la independencia política. Pero uno de los elementos perturbadores del 11 de setiembre es que las motivaciones de los atacantes son difíciles de entender. No se trató de una acción de guerra preparatoria de una invasión convencional, ni fue una acción terrorista clásica, orientada a desestabilizar a un régimen político. Ni siquiera es suficiente apelar al sentimiento antinorteamericano para explicar ese gran despliegue logístico y la pérdida de vidas. Cuando los ataques ocurrieron, no había una situación de particular tensión con Irán, como la había habido antes y como la habría más tarde. Ciertamente había ocurrido la primera Guerra del Golfo, pero el régimen de Saddam Hussein no era precisamente un modelo que pudiera inspirar a los militantes islámicos.

Para tratar de entender lo que había pasado, Occidente tuvo que volverse hacia el mundo musulmán como no lo hacía desde muchos siglos atrás. Conceptos como el de ley islámica o *sharia*, o distinciones que hasta entonces parecían exóticas, como la que separa a los musulmanes *sunitas* de los *chiítas*, se volvieron imprescindibles para intentar comprender las claves de un islamismo militante que, más de una vez, se ha vuelto violento. ■

La revolución de los clérigos



TODO EMPEZÓ EN LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL. En 1941, tropas británicas y soviéticas invadieron Irán para neutralizar al *sha* Reza Mirza Jan, que simpatizaba con Hitler (*sha* es una palabra persa que significa "rey" o "emperador") Si Irán caía en manos de los nazis, los aliados perderían su principal fuente de aprovisionamiento de petróleo. De modo que las tropas ocuparon el país y el *sha* fue obligado a abdicar en favor de su hijo, Mohamed Reza Pahlevi. Al terminar la guerra, Irán, que pronto sería el primer exportador mundial de petróleo, estaba en manos de un monarca joven, sin experiencia de gobierno y muy dependiente del auxilio externo.

Las tropas aliadas se retiraron en 1946, tras difíciles negociaciones (Stalin tenía ganas de quedarse, lo que generó fuertes tensiones con Estados Unidos). Pero lo que siguió no fue una etapa de normalización, sino un período de inestabilidad interna. Pese a las grandes exportaciones de crudo, las condiciones de vida de la población no mejoraban y el descontento crecía. En 1951, Reza Pahlevi debió aceptar como primer ministro a Mohamed Mossadeq, un intelectual liberal educado en Europa que defendía un nacionalismo modernizador. Mossadeq logró un fuerte respaldo popular y puso en marcha un plan de reformas. La medida más importante de su gobierno fue nacionalizar los yacimientos controlados por la *British Petroleum*.

Mossadeq fue rápidamente visto como un enemigo por los británicos (que no le perdonaban la nacionalización) y por los estadounidenses (que lo veían proclive a hacer acuerdos con una Unión Soviética siempre interesada en la región). Y ninguna de las dos potencias tuvo reparos en organizar operativos de desestabilización. En 1953, la CIA puso en marcha la "Operación Ajax", cuyo objetivo era derrocar a Mossadeq. Un primer intento falló y tuvo consecuencias contraproducentes: en medio de una ola de indignación popular, el *sha* debió abdicar y partió al exilio. Pero pocos meses después, la CIA hizo un segundo intento y esta vez tuvo éxito. Mossadeq fue depuesto y sometido a juicio. Estuvo tres años en prisión y luego permaneció bajo arresto domiciliario hasta su muerte en 1967. El *sha* volvió al país y recuperó su trono.

El golpe aumentó la dependencia de Reza Pahlevi hacia sus aliados occidentales, especialmente hacia Washington. Pahlevi nunca puso en cuestión esa relación de subordinación, pero con el paso de los años intentó desarrollar un perfil propio. Su reinado tuvo tres orientaciones fundamentales. La primera fue defender los intereses occidentales en la zona (durante el embargo petrolero organizado por los países árabes en 1973, Irán sería el único proveedor de petróleo de Estados Unidos). La segunda fue una política de represión y marginación de los sectores que habían apoyado el Frente Nacional de Mossadeq. La tercera línea consistió en servirse de las ganancias que dejaba el petróleo para impulsar ambiciosas reformas.

La "revolución desde el trono" lanzada por Reza Pahlevi pretendía convertir a Irán en una potencia económica y militar. A comienzos de los años sesenta puso en marcha una reforma agraria que terminó con el predominio de la aristocracia y con la gran propiedad. Simultáneamente lanzó un programa de industrialización que, entre otras cosas, tuvo el efecto de aumentar los salarios urbanos en detrimento de los rurales. Los cambios desencadenaron un éxodo hacia las ciudades que alteró profundamente los lazos de solidaridad social.

Las condiciones de vida mejoraron y el crecimiento demográfico se aceleró. La población del país se duplicó en treinta años: pasó de 16 millones en 1946 a 34 millones en 1976. El éxodo rural hizo que el crecimiento fuera más rápido en las ciudades. La capital, Teherán, creció en 3 millones de habitantes en veinte años. Las ciudades de más de 100 mil

habitantes registraron un incremento de 3,8 millones solo en la década de los sesenta. La estructura de la población se rejuveneció: en 1976, los menores de 25 años representaban casi las dos terceras partes de la población total (63,4%). También hubo mejoras en el acceso a la educación: en las ciudades, la tasa de analfabetismo se redujo del 67% en 1956 al 35% en 1976. En el conjunto del país, el número de estudiantes de secundaria pasó de 369 mil en 1963 a 831 mil en 1978.

La modernización económica proporcionó nuevos puestos de trabajo que fueron rápidamente ocupados por quienes conseguían algún tipo de calificación profesional. En Teherán aumentaron considerablemente las oportunidades laborales para los licenciados que salían de las universidades. A principios de los años setenta, solo un 1% de los graduados no disponía de trabajo. En aquellos años Irán era reconocido como uno de los países más avanzados de la región, tanto en el plano económico como en el intelectual y militar.

Pero la rápida modernización trajo también grandes tensiones. Parte de ellas se debían a desequilibrios territoriales: Teherán, con poco más del 10% de la población del país, monopolizaba los servicios de sanidad y educación, concentraba la mitad de la industria y reunía a casi todos los profesionales universitarios. El resto del país, en cambio, seguía hundido en el atraso, el hambre y el analfabetismo. Otras tensiones eran generadas por quienes quedaban excluidos: el acceso a la educación se ampliaba y las oportunidades laborales aumentaban, pero los que quedaban afuera eran muchos. La modernización generaba ganadores y perdedores con más claridad que antes. También había tensiones de origen religioso: el *sha* Reza Pahlevi hacía esfuerzos por afirmar la identidad iraní (pese a ser hijo de un oficial cosaco que se adueñó del poder en 1921) pero al mismo tiempo quería reducir la influencia del Islam. Sus intentos secularizadores lo enfrentaban a las autoridades religiosas y eran vistos como una amenaza para la forma de vida de buena parte de la población. Por último, había tensiones de origen político: pese a su voluntad modernizadora, el *sha* seguía siendo un gobernante autoritario, capaz de lanzar campañas de represión que costaban miles de vidas. El régimen también estaba afectado por una muy visible y creciente corrupción.

A estas tensiones se sumaban fuertes cambios en la estructura social. La gran masa rural desfavorecida estaba cada vez más distante de las nuevas clases medias, ligadas a la industria petrolera y al desarrollo de la burocracia estatal. Una nueva juventud urbana que había accedido a la enseñanza primaria y secundaria se negaba a repetir el estilo de vida propio de la generación de sus padres. Una nueva clase alta enriquecida por el petróleo se enfrentaba a una clase intelectual de perfil opositor, que atendía a lo que ocurría en otras partes del mundo y reclamaba cambios políticos.

La sociedad iraní no era una sociedad atrasada, sino una antigua comunidad humana expuesta a una combinación de despotismo, corrupción, modernización tecnológica, tensiones religiosas, cambios económicos, aumento de las desigualdades y fragmentación social. Las cosas se pusieron especialmente tensas durante la crisis del petróleo de 1973, cuando el aumento del precio del crudo cuadriplicó la fortuna personal del *sha* pero no sirvió para mejorar el nivel de vida de los más pobres. Entre las voces que denunciaban la injusticia se destacaba la de un líder religioso conocido como el ayatolá Jomeini. En sus prédicas, Jomeini denunció el carácter despótico del régimen y comparó al *sha* con un nuevo Atila. Esa denuncia le valió el exilio, primero en Irak y luego en París. Pero al mismo tiempo lo confirmó como el líder carismático de la oposición religiosa.

Poco a poco, se fueron creando en Irán las condiciones para un estallido. Una vez más se confirmaba que las revoluciones no ocurren en países particularmente atrasados, sino en sociedades desigualmente desarrolladas y atravesadas por grandes tensiones.

El islam al poder

En la segunda mitad de los años setenta, los desórdenes sociales y las protestas políticas se hicieron cada vez más frecuentes. La corrupción aumentaba y el régimen se volvía más arbitrario y represivo. La ostentación de riqueza por parte de las elites dominantes iba acompañada de un creciente menosprecio hacia las tradiciones religiosas y culturales. Los sectores medios y populares se sentían crecientemente excluidos de los beneficios del crecimiento económico, y crecientemente ofendidos en sus sentimientos morales. La juventud urbana empezó a verse atraída por movimientos radicales que combinaban ideas de izquierda revolucionaria con motivaciones religiosas.

En 1976, la llegada de Jimmy Carter a la Casa Blanca marcó el fin del apoyo incondicional a Reza Pahlevi. En Irán, la campaña del presidente demócrata en defensa de los derechos humanos

Sunitas y Chiitas

Cuando en el año 632 murió Mahoma, se desató un conflicto en torno a quién debía ser su sucesor. La decisión tenía connotaciones religiosas pero también políticas, porque se trataba de elegir al califa, es decir, al gobernante de la comunidad musulmana.

La mayoría de los fieles optó por continuar con la tradición beduina (*sunna*) de elegir a la figura más notable del clan. Siguiendo ese criterio, la elección recayó sobre Abu Bakú. Pero un grupo minoritario respaldó a Alí, que era primo y yerno del Profeta. Sus seguidores se denominaron *shi'at Ali* ("partidarios de Alí"), de donde proviene el término *chií* o *chiita*. Pero la orientación *sunita* (o *sunní*) consiguió imponerse y Abu fue el nuevo califa.

Entre el año 632 y el 656 se sucedieron tres califas: Abu, Omar y Ozman. En el año 656 Ozman fue asesinado, lo que permitió que Alí llegara al califato. Pero un importante grupo de creyentes acusó a Alí de haber instigado el crimen y se le opuso. Esta facción era liderada por Muawiya, gobernador de Damasco y sobrino del califa Ozman.

En el año 658 hubo una batalla entre las dos facciones. Alí fue derrotado en el combate y aceptó que la cuestión sucesoria fuera resuelta por un comité de árbitros. Estos se pronunciaron en favor de Muawiya, que pasó a ser el nuevo califa. Pero los problemas entre los dos grupos no terminaron. En el año 680, un hijo de Muawiya mató a Hussein, hijo de Alí y nieto del propio Mahoma. Ese hecho violento es una piedra fundamental de la identidad *chiita*, que ve a los *sunitas* como usurpadores.

La división se mantiene viva hasta hoy. De los aproximadamente 1.300 millones de musulmanes que hay en el mundo, el 85 por ciento es *sunita* y el 15 por ciento es *chiita*. Pero el peso de ambas comunidades varía de un país a otro: los *chiitas* son minoría en el mundo musulmán, pero son mayoría en países como Irán e Irak.

Dado que la separación tiene un origen político, no hay grandes diferencias religiosas entre los dos grupos. El credo básico es el mismo. Pero el paso de los siglos los ha diferenciado.

A lo largo de la historia, los *sunitas* han sido doctrinalmente más flexibles y menos proclives a las revoluciones, porque valoran el respeto de la autoridad. Los *chiitas* son más radicales en su interpretación de la ley coránica y han sido tradicionalmente más críticos del poder político. Sin embargo, las principales organizaciones islamistas que hoy practican la violencia son de origen *sunita* y prolongan la acción de antiguas organizaciones. como el *wahhabismo* (que se remonta al siglo XVIII) o la Sociedad de Hermanos Musulmanes, fundada en 1928 tras la caída del Imperio Otomano. ■



fue vista por los opositores como una oportunidad para denunciar el despotismo, la corrupción y la represión que caracterizaban al régimen.

La oposición estaba estructurada en tres grandes bloques: los partidarios revolucionarios de izquierda, que a principios de la década habían optado por la lucha armada; las corrientes liberales, dirigidas por intelectuales occidentalizados que prolongaban el Frente Nacional de Mossadeq; y los dirigentes religiosos *chiitas* (o *chiíes*), que respondían a Jomeini y tenían fuerte arraigo en los sectores menos favorecidos de la población.

Los liberales del Frente Nacional eran los más articulados desde el punto de vista ideológico, pero solo llegaban a algunos sectores de las clases medias. Los grupos de izquierda eran pequeños, habían sido duramente castigados por la represión y tampoco tenían arraigo popular. Los grupos religiosos eran los únicos con capacidad de movilizar a las masas y eso les dio el control del movimiento opositor. En noviembre de 1978, los dirigentes del Frente Nacional y del partido *Tudeh* (el partido comunista de Irán) reconocieron a Jomeini como guía de la revolución. El religioso proclamó desde París su voluntad de establecer una "república islámica que proteja la independencia y la democracia de Irán".

En 1978, los acontecimientos se precipitaron. En enero estalló una revuelta en la ciudad santa de Qom. En febrero se aplastó una insurrección popular en Tabriz. En setiembre, centenares de miles de personas exigían en Teherán el fin del régimen y el retorno del Jomeini. En octubre, una huelga de los trabajadores del petróleo paralizó la economía. En noviembre se organizó una exitosa huelga general.

A principios de 1979 la protesta se había convertido en el movimiento popular más importante en la historia de Medio Oriente, pero además había dado un giro en su orientación: se había convertido en revolución islámica. Varios factores confluyeron en este resultado: la pérdida de legitimidad del régimen del *sha*, una occidentalización excesivamente rápida en lo técnico pero lenta en el cultural; la fuerza doctrinaria y organizativa del *chiísmo*, capaz de sobreponerse a las dudas entre autoritarismo y liberalismo que paralizaban a los líderes no religiosos de la oposición, y la figura carismática del ayatolá Jomeini.

▹ cronología

1978-1979

1978 **27 abril:** un golpe de estado instala un régimen prosoviético en Afganistán.

17 de setiembre: se firman los acuerdos de Camp David entre Egipto, Israel y Estados Unidos.

1979 **16 de enero:** el *sha* de Irán, Mohamed Reza Pahlevi, abandona el país.

1º de febrero: el ayatolá Jomeini regresa a Irán y es recibido por millones de personas.

1º de abril: es proclamada la República Islámica de Irán.

1979

16 de julio: Saddam Hussein asume como presidente de Irak, tras la renuncia de Hassan al-Bakr.

16 de setiembre: el presidente afgano Mohammad Taraki es depuesto tras violentas luchas en Kabul.

4 de noviembre: la embajada estadounidense en Teherán es tomada por estudiantes armados. Unos 60 funcionarios son tomados como rehenes.

27 de diciembre: la Unión Soviética invade Afganistán.

En enero el país estaba en estado de insurrección general. Teherán y las principales ciudades estaban paralizadas por inmensas manifestaciones callejeras; las fuerzas policiales estaban a la defensiva y el gobierno había perdido toda capacidad de reacción. El 16, el *sha* huyó del país y se marchó al exilio. El 1º de febrero Jomeini regresó de París y fue recibido por una multitud fervorosa. Su imagen adusta y la austeridad de sus costumbres contrastaban fuertemente con el estilo del monarca depuesto. Entre el 9 y el 12 de febrero, el movimiento revolucionario tuvo su prueba de fuego: el ejército (el más poderoso de la región) se desplegó en las calles y se involucró en combates. Pero la oficialidad estaba dividida y finalmente optó por apoyar a los revolucionarios. El 1º de abril fue proclamada la República Islámica de Irán.

El régimen dio sus primeros pasos bajo el signo de la inclusión: según declaraban sus voceros, el carácter único de una revolución islamista era su capacidad de reunir a grupos y sectores que podían ser antagónicos si se los miraba desde otras perspectivas. Una de las primeras decisiones de Jomeini pareció confirmar esta orientación: designó como jefe del gobierno provisional al ingeniero Mehdi Bazargan, un hombre piadoso pero proveniente del Frente Nacional.

Pero esa impronta inclusiva y plural desaparecería muy pronto. De hecho, en el mismo momento en que designaba al jefe del gobierno interino, Jomeini formó un Consejo de la Revolución Islámica integrado por líderes religiosos que le eran fieles, cuya existencia se mantuvo oculta ante los propios dirigentes del Frente Nacional. En febrero se creó el Partido de la Revolución Islámica (PRI) y se constituyeron comités de defensa de la revolución que funcionaban en las mezquitas. Sus militantes eran llamados *pasdarans* (Guardianes de la Revolución) y constituían una verdadera fuerza de choque al servicio de Jomeini. También se crearon fundaciones islámicas que heredaron los recursos del antiguo régimen e iniciaron prácticas clientelistas. Pocos meses más tarde los tribunales

Ruhollah Jomeini, el ayatolá revolucionario

Nació en el año 1900 en la provincia de Jomein. Su nombre, Ruhollah, significa "espíritu de Dios". Pertenecía a una familia de religiosos. Su abuelo, su padre y su hermano mayor fueron ayatolás, un título que los *chiitas* otorgan a ciertos clérigos que alcanzaron un alto nivel de formación teológica y filosófica.

Tras el asesinato de su padre a manos de un señor feudal, fue criado por una tía paterna. Además de educar al joven Ruhollah, la tía persiguió al asesino hasta lograr que fuera ejecutado. Esa mujer enérgica le enseñó que el poder es el resultado de una relación de fuerzas y que los principios del Islam deben ser aplicados mediante una acción implacable contra los incrédulos.

A los 15 años Ruhollah perdió a su tía y se dedicó de lleno al estudio. Doce años después enseñaba en la facultad de teología de Qom. Sus discípulos admiraban su sabiduría y sus cualidades morales: trabajaba duro, dormía poco y llevaba una vida ascética. Dedicaba buena parte de la noche a la lectura y a la meditación del Corán. También seguía con atención los acontecimientos políticos del país.

En consonancia con la tradición *chiita*, Jomeini no separaba la religión de la política. El religioso *chiita* debe al mismo tiempo interpretar los textos sagrados, hacer justicia y defender al oprimido contra el opresor, ya sea éste un vecino, el propio monarca o un estado extranjero. El poder es un instrumento para hacer cumplir la ley de Dios.

Desde muy temprano luchó contra la dinastía de los Pahlevi. Con el paso del tiempo, sus intervenciones públicas fueron ganando en combatividad: el país estaba en peligro porque el *sha* representaba el "mal absoluto" y era "el instrumento de potencias satánicas" (es decir, de países extranjeros). Por eso se mantuvo escéptico ante la nacionalización del petróleo ordenada por Mosaddeq en 1951: "las reformas son imposibles sin independencia, y ésta será un engaño mientras siga reinando la actual dinastía".

Sus críticas le valieron ser detenido el 3 de junio de 1963. El arresto generó una ola de protestas que fueron aplastadas por el general Oveisy. La revuelta fue contenida y Jomeini cumplió un año de prisión, pero el hecho no cayó en el olvido. En 1979, cuando Jomeini ya estaba en el poder, Oveisy fue asesinado en París por agentes de la recién creada República Islámica de Irán.

Tras su liberación, Jomeini volvió a la actividad opositora. Sus discursos eran elocuentes y apelaban a la libertad como valor supremo: *Queréis hacer de los iraníes instrumentos dóciles y pasivos al servicio del poder y de vuestros amos extranjeros. La verdadera modernización está en formar a hombres que tengan el derecho de elegir y de criticar, a combatientes que sepan resistir al dominio exterior, a la injusticia y al saqueo.* En ese entonces, muchos opositores laicos y nacionalistas lo tomaron como referencia. Años después le recordarían estas palabras, mientras eran víctimas de la represión y la censura instaladas por la revolución islámica.

En 1964 Jomeini partió al exilio en Turquía y luego a la ciudad santa de Nayaf, en Irak. Allí vivió catorce años con su familia, hasta que fue expulsado del país. Sus intervenciones complicaban las relaciones del gobierno iraquí con el de Irán y también agitaban a los *chiitas* del propio Irak, que eran una mayoría del 60 por ciento sometida al régimen autoritario del partido *Baas*, controlado por los *sunitas*. Jomeini fue expulsado y descubrió que ningún gobierno de la región quería recibirlo. Terminó refugiándose en Francia el 5 de octubre de 1978.

Desde el exilio francés, Jomeini desarrolló una intensa actividad intelectual y política. En esos años escribió varios libros en los que exponía su filosofía política y religiosa. También grabó casetes que, introducidos de contrabando en Irán, tenían una inmensa difusión. Sus arengas alentaron las manifestaciones y huelgas que desestabilizaron al régimen. El 16 de enero de 1979, el *sha* y su familia abandonaron Teherán. El 1º de febrero, Jomeini fue recibido por cuatro millones de personas. Ejerció el poder con dureza y se mantuvo como Líder Supremo de la revolución iraní hasta el día de su muerte, el 4 de junio de 1989.

Pese a su fe profunda y su innegable carisma, Ruhollah Jomeini representa para la mayoría de los musulmanes un hombre de rechazos más que de proyectos. Fue un líder de revanchas. Revancha de los religiosos, a los que devolvió el poder que les había quitado la dinastía secularizadora de los Pahevi. Y revancha de los *chiitas* frente a los *sunitas*, a quienes consideran usurpadores del poder. ■

1980-1981

1982-1983

1983-1984

1980 **4 de febrero:** Bani Sadr es electo presidente de Irán.

27 de julio: muere en El Cairo el antiguo *sha* de Irán, Mohamed Reza Pahlevi.

21 de setiembre: tropas iraquíes atacan Irán. Empieza la Guerra Irán-Irak.

1981 **20 de enero:** Ronald Reagan asume como presidente de Estados Unidos. Son liberados los rehenes en Irán.

6 de octubre: el presidente egipcio Anwar El Sadat es asesinado en El Cairo. Lo sustituye Hosni Mubarak.

1982 **6 de junio:** tropas israelíes invaden el Líbano.

14 de setiembre: el presidente libanés Bashir Gemayel es asesinado mediante un ataque con bombas.

16 de setiembre: matanza de refugiados palestinos en los campamentos de Sabra y Chatila (Líbano).

1983 **18 de abril:** un ataque con bombas causa 63 muertos en la embajada estadounidense en Beirut (Líbano).

17 de mayo: Líbano, Israel y Estados Unidos firman un acuerdo que conduce al retiro de las tropas israelíes.

1984 **16 de marzo:** el jefe de la CIA en el Líbano, William F. Buckley, es secuestrado por la Jihad Islámica y muere en cautiverio.

20 de setiembre: un ataque de Hezbollah contra la embajada estadounidense en Beirut mata a 22 personas.

26 de noviembre: restablecimiento de relaciones diplomáticas Irak-Estados Unidos, tras 17 años de ruptura.

revolucionarios, que habían nacido para juzgar a quienes habían cometido crímenes mientras actuaban en nombre del *sha*, estaban juzgando a miembros del Frente Nacional.

En agosto de 1979, Jomeini creó una Asamblea de Expertos dominada por líderes religiosos y altos dirigentes del PRI, y les encargó la redacción de una nueva Constitución. El texto aprobado definía a la República Islámica de Irán como antiimperialista y antisionista, enemiga del capitalismo y del marxismo, y opuesta a las monarquías reaccionarias del Golfo. Su idea central era extender los preceptos del Corán al funcionamiento de las instituciones políticas y a la vida cotidiana: la ley islámica, o *sharia*, debía regir la sociedad y la política en los países musulmanes. Uno de sus componentes esenciales era el principio *vélâyat-é faquíh*, que daba máximos poderes al guía espiritual de la revolución (es decir, al propio Jomeini). Los liberales, una parte de la izquierda, la minoría *sunita* (o *sunní*) y algunos clérigos se opusieron a lo que ya percibían como la instalación de una nueva dictadura. Pero sus protestas no cambiaron el curso de los acontecimientos.

El 4 de noviembre de 1979, la embajada estadounidense de Teherán fue atacada por quinientos estudiantes armados. Medio centenar de diplomáticos fueron tomados como rehenes y permanecieron más de un año en esa condición. El operativo había sido organizado por el PRI con el objetivo de desprestigiar la figura de Bazargan y desplazar definitivamente a la fracción liberal. Bazargan efectivamente se opuso a la toma de la embajada, pero no pudo revertirla. Pocas semanas después dimitió, y con él fueron definitivamente derrotados los seguidores laicos de la revolución. También fueron desplazados los sectores religiosos moderados. El ayatolá Shariat-Madari, jefe de los ulemas que habían rechazado el *vélâyat-é-faqíh*, fue puesto en arresto domiciliario. Así permaneció hasta su muerte, ocurrida en 1986.

El siguiente combate fue contra la izquierda. En enero de 1980 Bani Sadr, representante de la izquierda islamista, sustituyó a Bazargan al frente del gobierno. Pero, al mismo tiempo, los militantes de izquierda eran sistemáticamente expulsados de las universidades y de los comités de defensa de la revolución. En mayo, el PRI se convirtió en la fuerza más importante al obtener la mayoría en las elecciones al nuevo Parlamento. Enseguida quiso elegir un primer ministro que fuera miembro del partido.

Sadr y sus seguidores intentaron conservar cuotas de poder, pero el acoso se intensificó. La universidad fue cerrada en nombre de la revolución cultural islámica y no volvió a abrir sus puertas hasta haber completado la purga de militantes izquierdistas. En junio de 1981, el Parlamento decretó la inhabilitación del presidente Sadr, que debió salir del país en forma clandestina y se exilió en París. Los enfrentamientos entre los seguidores del presidente depuesto y los seguidores de Jomeini se intensificaron. Los mismos militantes de izquierda que se habían levantado en armas contra el *sha*, iniciaron una insurrección contra el régimen de Jomeini. El 28 de junio, una bomba destruyó la sede del PRI, diezmando a la elite del régimen. El 30 de agosto fueron asesinados el nuevo presidente de la República (llamado Raja'i) y su primer ministro, Bahonar. Entonces el régimen lanzó una represión implacable que en poco tiempo terminó con esa resistencia

Árabes y musulmanes

Árabes y musulmanes no son lo mismo. Se puede ser árabe sin ser musulmán y se puede ser musulmán sin ser árabe. Los árabes son una comunidad humana (una etnia) caracterizada por ciertas raíces históricas y culturales: todos usan la lengua árabe en alguna de sus variantes y (al menos en principio) todos tienen raíces que se remontan a las tribus que vivían en la Península Arábiga y sus alrededores. Ser árabe es como ser esquimal o ser chino. Ser musulmán es ser adepto a una religión: el Islam, fundado en el siglo VII por el profeta Mahoma. Los árabes existen desde mucho antes de que existieran los musulmanes.

La confusión entra ambos conceptos se debe a tres razones. La primera es que el Islam nació en Arabia (Mahoma era árabe) y el idioma árabe es la lengua en la que está escrita el Corán. El árabe es para los musulmanes "la lengua de la revelación" y tiene un valor sagrado. La segunda razón es que, durante siglos, la religión islámica estuvo concentrada en regiones árabes (La Meca, Medina, Damasco, Bagdad, El Cairo) que estaban bajo la autoridad del califato: una forma de gobierno que reúne el poder político y la autoridad religiosa. La tercera razón es un resultado histórico de las dos anteriores: en el mundo actual, los países árabes tienen una población mayoritariamente musulmana y muchos tienen al Islam como religión oficial.

Hoy se considera "mundo árabe" a un conjunto de 22 países que son miembros de la Liga de Estados Árabes, con sede en El Cairo, Egipto. Estos países están distribuidos en cuatro bloques. El primero abarca la Península Arábiga, que está compuesta por Arabia Saudita, Kuwait, Bahrein, Omáan, Qatar, Emiratos Árabes Unidos y Yemen. El segundo incluye los países del Valle del Nilo, es decir, Egipto y Sudán. El tercer grupo está compuesto por Líbano, Siria, Palestina, Jordania e Irak. El último es el Magreb, u occidente árabe, que incluye a Argelia, Libia, Mauritania, Marruecos y Túnez. Otros países que integran la Liga son Somalia, Yibuti y las islas Comores.

Pero en esos países árabes residen importantes comunidades que no son musulmanas (por ejemplo, los coptos de Egipto) y al mismo tiempo hay millones de fieles musulmanes que no son étnicamente árabes. Muchos de ellos (como la población negra de Sudán), viven en países oficialmente considerados árabes. Otros son vecinos de los árabes sin serlo ellos mismos (un ejemplo son los iraníes, que no son árabes sino persas). Muchos otros viven lejos del mundo árabe (por ejemplo, en la India o el África subsahariana) y tienen orígenes étnicos muy variados. ■

1987-1989 **1989-1990** **1990-1991**

1987 **7 de noviembre:** Zine El Abdin Ben Ali derroca al presidente Habib Bourguiba y se instala como presidente de Túnez.

1988 **20 de agosto:** entra en vigencia un alto al fuego entre Irán e Irak, patrocinado por las Naciones Unidas.

2 de diciembre: Benazir Bhutto asume como primera ministra de Pakistán.

1989 **20 de enero:** George H. Bush asume como presidente de Estados Unidos.

15 de febrero: Mikhail Gorbachov decide retirar las tropas soviéticas de Afganistán.

4 de junio: muere el ayatolá Jomeini.

10 de junio: el general Omar Al Bashir da un golpe de estado en Sudán e instala un régimen islamista.

3 de agosto: Akbar Hashemi Rafsanjani es electo presidente de Irán.

1990 **2 de agosto:** Irak invade Kuwait con 100 mil hombres y 2 mil tanques.

29 de noviembre: el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas fija un plazo hasta el 15 de enero para que las tropas iraquíes se retiren de Kuwait.

1991 **16 de enero:** se inicia la Operación Tormenta del Desierto. Es el comienzo de la Guerra del Golfo.

28 de febrero: se detienen los combates en Irak.

3 de marzo: termina la Guerra del Golfo.

26 de diciembre: el Frente Islámico de Salvación (FIS) gana las elecciones generales

armada integrada por jóvenes provenientes de las clases medias educadas. Más tarde fue disuelto el partido *Tudeh* y sus militantes (es decir, los comunistas) fueron duramente perseguidos.

A mediados de los ochenta, Jomeini y su sector religioso, apoyados por una gran masa de iraníes desposeídos y escasamente educados, eran los dueños de la situación. Pero las luchas internas habían debilitado a la elite gobernante y, sobre todo, habían creado una sensación de inestabilidad que podía hundir a la revolución. Si eso no ocurrió fue a causa de una guerra con Irak que se había desatado unos años antes. Ese conflicto tuvo inmensos costos humanos y materiales, pero sus consecuencias fueron globalmente favorables para el régimen de Teherán.

Fue una guerra que muchos propiciaron, porque la revolución iraní no era bienvenida por nadie. Estados Unidos había perdido un aliado en la zona y veía con preocupación la nacionalización de las principales empresas del país. Arabia Saudita y las otras monarquías del Golfo se inquietaban ante un islamismo militante que las acusaba de traicionar los mandatos del Islam y de ostentar riqueza ante la pobreza de sus súbditos. Tampoco Moscú veía con buenos ojos la consolidación de un régimen que podía alentar insurrecciones en las repúblicas soviéticas con mayoría islámica. Para agravar las cosas, los iraníes no ocultaban su voluntad de exportar su revolución y su mensaje encontraba amplia receptividad en la población árabe y musulmana. Sus ataques a los gobiernos vecinos eran en parte políticos y en parte religiosos. Por ejemplo, acusaban a los saudíes de no cuidar debidamente a La Meca, el lugar más sagrado del Islam.

En ese difícil contexto, Saddan Hussein apareció como la solución. El dictador iraquí tenía motivos para temer a la revolución iraní (entre otras cosas, era un gobernante *sunita* en un país con mayoría *chiita*, al igual que Irán) y además estaba interesado en fortalecer sus lazos con Occidente. De modo que se mostró dispuesto a atacar a su vecino



y proporcionó un ejército mayoritariamente integrado por campesinos, pero con algunas tropas de elite como la Guardia Republicana. Las monarquías del Golfo aportaron recursos para comprar armamento. Estados Unidos y Europa brindaron armas e información (a partir de 1986, los estadounidenses se involucraron de manera más directa mediante la intervención de su flota en el Golfo). La Unión Soviética miró para el costado y concentró sus esfuerzos en Afganistán.

El 21 de setiembre de 1980, el ejército iraquí lanzó una amplia ofensiva sin previa declaración de guerra. El pretexto formal fue una vieja reivindicación limítrofe, pero el objetivo real era debilitar, y si era posible derrotar, al régimen de Teherán. La estrategia consistía en asfixiarlo mediante la ocupación de una región vital desde el punto de vista económico. Dado el alto grado de desgaste del régimen iraní y la alta conflictividad interna, se esperaba que eso fuera suficiente para desestabilizarlo.

Pero (inaugurando lo que sería una tradición) las previsiones de Hussein no se cumplieron. La guerra duró ocho años e incluyó algunas de las batallas más sangrientas de la segunda mitad del siglo XX. Los iraníes no solo consiguieron detener el avance iraquí sino que, fortalecidos por su superioridad numérica y la voluntad de sacrificio de sus soldados, lograron lanzar cuatro contraofensivas entre 1981 y 1984. Para frenar esos avances, el régimen de Saddan Hussein no vaciló en usar armas químicas suministradas por los europeos. Un solo ataque de ese tipo a la ciudad kurda de Halabja dejó miles de muertos. Pero eso fue poco al lado de las decenas de miles de víctimas que provocó la guerra en las ciudades: Irak bombardeó sistemáticamente las poblaciones iraníes cercanas a la frontera, e Irán hizo lo mismo en la ciudad iraquí de Basora. Las ofensivas iraquíes de julio y

1991-1993

en Argelia, pero lo resultados son anulados por los militares.

1992 **4 de marzo:** el FIS es ilegalizado en Argelia. Su líder Abasi Madani y otros dirigentes son condenados a prisión.

1993 **26 de febrero:** el primer atentado contra las Torres Gemelas de Nueva York mata a 6 personas y hiere a cerca de mil.

30 de abril: nace la *World Wide Web*.

13 de setiembre: el líder palestino Yasser

1993-1994

Arafat y el primer ministro Yitzhak Rabin firman un acuerdo de paz en Washington, bajo el patrocinio del presidente Clinton.

1994 **25 de febrero:** un fanático religioso israelí mata a 29 musulmanes y es a su vez ultimado por otros fieles.

18 de julio: un atentado contra la organización judía AMIA mata en Buenos Aires a 85 personas.

25 de julio: firma del Tratado de Paz entre Israel y Jordania.

1994-1996

11 de diciembre: el presidente ruso Boris Yeltsin ordena la invasión de Chechenia.

1995 **3 de octubre:** ataque con bombas a un centro militar estadounidense en Riad (Arabia Saudita).

4 de octubre: asesinato de Yitzhak Rabin en Israel.

1996 **16 de junio:** atentando contra un complejo militar estadounidense en Khobar (Arabia Saudita).

El legado musulmán en Occidente

El mundo musulmán está mucho más ligado a Occidente de lo que suele recordarse. La expansión del Imperio islámico a partir del siglo VII puso a los árabes en contacto con la cultura griega y con la arquitectura persa. Cuando esa expansión llegó a España, el Califato de Córdoba fue el trampolín desde el cual ese conocimiento llegó a la Europa cristiana. El Renacimiento del siglo XV no hubiera sido lo que fue sin los árabes.

Los musulmanes tuvieron destacados pensadores como el persa Avicena (980–1037), que conoció en profundidad la metafísica de Aristóteles y fue el médico más destacado de su tiempo. Algo más tarde, el filósofo Averroes (1126–1198) estudió a los griegos y propuso una influyente síntesis entre conocimiento científico, metafísica y religión. Averroes trabajó en estrecha colaboración con el filósofo judío Maimónides (1135–1204), nacido al igual que él en Córdoba, que escribió en árabe una de las obras más influyentes del pensamiento judío de la época (la *Guía para perplejos*). Las obras de esos autores influyeron sobre los principales pensadores cristianos de la Edad Media, como San Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino.

En Historia se destacó Ibn Jaldún (1332-1204), que estudió el avance y declive de las civilizaciones, y en Literatura Ben Guzmán (1086-1112), que compiló el primer cancionero de Córdoba. El astrónomo Arzaquel (1029-1100) construyó el astrolabio (un instrumento que sería esencial para la navegación) y calculó la órbita de siete planetas. Los árabes desarrollaron además el sistema decimal, que se suele atribuir a Mohammad ibn Musa (en torno a 780-850). La introducción del cero le dio a la numeración arábiga una ductilidad de la que carecía la numeración romana. También hicieron avances importantes en geometría y álgebra. En Química, desarrollaron métodos para producir alcohol antiséptico, ácido sulfúrico, ácido nítrico y nitrato de plata.

Los peores excesos del fundamentalismo contemporáneo no deben hacer olvidar que la civilización musulmana tuvo etapas de tolerancia y de gran sofisticación. ■

diciembre de 1986, y los ataques iraníes de marzo de 1986 y enero de 1987, hicieron trepar las cifras. El conflicto dejó en total unos 300 mil muertos y centenares de miles de mutilados.

El desgaste de ambos países permitió una mediación de las Naciones Unidas, que condujo a un alto al fuego el 20 de agosto de 1988. Los dos bandos habían sufrido enormemente y ninguno había logrado la victoria. Pero la guerra favoreció al gobierno de Jomeini, cuyo mandato coincidió casi exactamente con el conflicto. En primer lugar, la guerra le permitió realizar una síntesis casi perfecta entre islamismo y nacionalismo, lo que mantuvo el apoyo popular. En segundo lugar, la guerra le sirvió como excusa para atacar a la oposición interna, a la que acusó de debilitar a la revolución en un momento crítico para el país. Los primeros años del conflicto coincidieron con la eliminación de la oposición liberal y de izquierda, y con el sometimiento de las minorías no persas como los kurdos. En tercer lugar, la hostilidad internacional encerró a Irán dentro de sus fronteras, lo que ayudó al gobierno a controlar la sociedad y asfixió a la oposición. Por último, aunque el régimen iraní no pudo ganar, logró sobrevivir al embate del ejército iraquí, a las intervenciones intermitentes de los estadounidenses, al armamento proporcionado por las grandes potencias y al dinero aportado por las monarquías del Golfo. Esa capacidad de resistencia aumentó el prestigio del régimen dentro y fuera de fronteras.

La guerra movilizó además a los sectores más combativos de una juventud sin perspectivas que se apiñaba en las ciudades. Esos jóvenes pobres habían participado de las movilizaciones que precedieron a la caída del *sha*, y ahora encontraban una nueva causa por la que luchar. La radicalidad y la capacidad de sacrificio propias del *chiismo* resurgieron con fuerza y se orientaron a fortalecer el componente teocrático del régimen.

En 1983, tras la eliminación de las últimas organizaciones de izquierda, se proclamó una ley que obligaba a las mujeres a llevar velo y el vestido islámico completo. Los jóvenes de los suburbios fueron los encargados de hacerla cumplir. El radicalismo con el que se aplicaron a la tarea los convirtió en una policía de costumbres que tomaba a su cargo la protección de los valores islámicos. Al mismo tiempo, el gobierno destinaba recursos para ayudar a las familias de los mártires que habían caído en combate. Se les daba dinero, viviendas y acceso a la educación. Todo eso estrechó progresivamente la alianza entre la jerarquía religiosa y una juventud desposeída que actuaba en parte como clientela del régimen y en parte como milicia organizada. La paz social se construía combinando subsidios, puritanismo y represión.

Al final del conflicto, el régimen iraní estaba más fuerte y la sociedad iraní más islamizada. Pero la situación seguía siendo difícil, porque la revolución debía dar satisfacción a los reclamos de quienes habían sido sus principales apoyos: los sectores populares que habían llevado el mayor peso de la guerra, los ayatolás defensores de la ortodoxia, y la burguesía tradicionalista (representada en los comerciantes de los bazares), que era económicamente liberal pero religiosa y culturalmente conservadora.

El método que empleó Jomeini para mantener la adhesión de esos grupos tan dispares consistió en aumentar la radicalidad religiosa del régimen. Terminada la guerra, realizó un nuevo gesto simbólico orientado a tonificar a sus seguidores: en febrero de 1989 promulgó una *fatwa* (opinión legal o dictamen religioso) que condenaba a muerte a Salman Rushdie, un escritor británico de origen indio que había escrito un libro que se consideraba ofensivo para el Islam. Jomeini se presentaba como el defensor intransigente de un Islam que iba más allá de las fronteras de Irán y del propio *chiismo* (las protestas contra el libro de Rushdie habían sido originadas por *sunitas* de la India). De ese modo disimulaba las debilidades de un régimen que se volvía cada vez más conservador e ineficaz. Pero las dificultades lo acompañaron hasta el final. En marzo de 1989, poco antes de morir, enfrentó una crisis interna que lo obligó

1996-1998

26 de setiembre: los talibanes entran a Kabul y se hacen cargo del gobierno en Afganistán.

1997 **23 de mayo:** elección de Mohamed Jatamí como presidente de Irán.

17 de noviembre: atentado terrorista contra turistas japoneses en Deir el Bahri (Egipto).

1998 **7 de agosto:** atentados con coches bomba contra las embajadas de Estados Unidos en Kenia y Tanzania. Las acciones son atribuidas a Al Qaeda.



1999-2000

1999 **7 de febrero:** fallece el Rey Hussein de Jordania.

23 de julio: fallece el Rey Hassan II de Marruecos.

2000 **10 de junio:** muerte repentina del presidente sirio Hafez Al-Assad. Lo sucede su hijo Bashar.

12 de octubre: un comando de Al Qaeda ataca el barco militar estadounidense *US Cole*, anclado en Yemen. Mueren 17 marinos y los dos atacantes.

a destituir a su sucesor electo, el ayatolá Montazeri.

Irán después de Jomeini

Tras la muerte de Jomeini, ocurrida en junio de 1989, se instaló un sistema presidencialista y un gobierno de tecnócratas. El poder ya no estuvo tan concentrado como en los años anteriores: Alí Jamenei, jefe de estado desde 1981, fue proclamado Guía Supremo de la Revolución. Hachemí Rafsanyani fue designado presidente. Así se inició una lenta aproximación a Occidente y a los países árabes moderados.

Entre 1989 y 1996 pareció que el régimen había entrado en una fase de distensión. La política económica tuvo un giro liberalizador y las relaciones con el mundo exterior mejoraron. Cuando en 1990 estalló la Primera Guerra del Golfo (que se extendió entre el 2 de agosto de ese año y el 28 de febrero de 1991), el gobierno de Teherán adoptó una neutralidad favorable a la coalición internacional. Esta decisión estuvo fundamentalmente motivada en razones locales (los centenares de miles de víctimas del conflicto con Irak no eran fáciles de olvidar) pero tuvo el efecto de mejorar las relaciones con Occidente y colocó a Irán como potencia regional capaz de contribuir al equilibrio en la zona del Golfo.

Pero la liberalización de la economía no mejoró sustancialmente el nivel de vida de los más pobres, y el presidente Rafsanyani no pudo o no quiso reducir de forma considerable los controles sobra la vida privada exigidos por las autoridades religiosas. El resultado fue que, entre 1992 y 1996, la popularidad del gobierno se deterioró y los sectores conservadores fueron ganando poder en el Parlamento y en los ministerios. Rafsanyani quedó atrapado entre las críticas de los conservadores y las de muchos izquierdistas islámicos que, influidos por los acontecimientos de Europa del Este y la Unión Soviética, se convirtieron en defensores de la democracia, de los derechos civiles y de una mejor relación con el mundo. Una nueva generación de hombres y mujeres altamente educados, desilusionados por los controles del Estado y las penurias económicas, empezó a hablar de derechos humanos, de la condición de la mujer y de la necesidad de mayores libertades y transparencia gubernamental. Las universidades, el periodismo y el arte se convirtieron en espacios de crítica y resistencia.



En las elecciones presidenciales de 1993 Rafsanyani obtuvo el 63 por ciento de los votos, lo que significaba una pérdida importante respecto del 95 por ciento obtenido en 1989. Las cifras revelan en parte una pérdida de apoyo real y en parte reflejan un aumento de las libertades. Los votantes (un 53 por ciento de los habilitados) se atrevían a discrepar.

Es que el país había cambiado mucho desde el triunfo revolucionario de 1979. El rigorismo moral de Jomeini había afectado la vida cotidiana de mucha gente (en particular las mujeres) sin que se produjera a cambio la mejora en las condiciones de vida que se había prometido. Eso se debía en parte a errores propios y en parte a la evolución de las condiciones externas: los precios del petróleo estaban en caída, lo que desestabilizó las cuentas públicas e hizo crecer la deuda exterior, que pasó de 9 mil millones de dólares en 1991 a 34 mil en 1993. La inflación estaba por encima del 30 por ciento anual. En 1992, por primera vez hubo protestas callejeras que fueron duramente reprimidas. Las manifestaciones se repitieron en 1994 y 1995. Cuando se acercaban las elecciones parlamentarias de 1996, Rafsanyani puso fin a su alianza con los conservadores para evitar que la derecha pudiera ejercer un mayor control sobre el país.

La Constitución iraní impide la reelección por más de dos períodos, de modo que Rafsanyani no pudo presentarse a las elecciones presidenciales de mayo de 1997. Pero su grupo hizo una alianza con la izquierda islámica para darle la victoria al líder reformista Mohamed Jatamí.

2001 — 2001-2002 — 2003-2005

2001

15 de junio: reelección de Mohamed Jatamí como presidente de Irán.

20 de junio: el general Pervez Musharraf asume como presidente en Pakistán.

11 de setiembre: Al Qaeda ataca las Torres Gemelas y el Pentágono.

7 de octubre: inicio de las acciones militares contra el régimen talibán en Afganistán.

13 de noviembre: cae el régimen talibán.

22 de diciembre: Hamid Karzai asume como presidente de Afganistán.

2002

12 de octubre: una organización islamista mata a 202 personas en un atentado terrorista de Bali (Indonesia).

18 de octubre: nuevo atentado terrorista en Filipinas.

22 de noviembre: el partido islamista AKP triunfa en las elecciones generales de Turquía.

27 de noviembre: Al Qaeda realiza un ataque terrorista en un hotel de Mombasa (Kenia). Hay 13 muertes y 80 heridos.

2003

20 de marzo: comienza la invasión a Irak.

16-17 de mayo: atentados islamistas en Rabat y Casablanca (Marruecos).

13 de diciembre: Saddam Hussein es capturado cerca de Tikrit.

2004

11 de marzo: atentado terrorista en la estación de trenes de Atocha (Madrid).

2005

7 de julio: atentados terroristas coordinados en Londres.

Los talibanes de Afganistán

El 27 de abril de 1978, el Partido Democrático del Pueblo Afgano, de orientación comunista, dio un golpe de estado en Afganistán. La revolución modernizadora impuesta por el nuevo régimen chocó con una población anclada en la observancia de tradiciones religiosas, culturales y tribales. La reforma agraria y la alfabetización impuestas por los comunistas fueron acompañadas de una dura represión.

Muy pronto se multiplicaron las revueltas, organizadas por los partidos religiosos y los jefes tribales. A fines de 1979, el gobierno solo controlaba Kabul y las principales ciudades. Entonces la Unión Soviética decidió intervenir para apuntalar al régimen comunista.

La invasión se inició el 27 de diciembre de 1979, apenas meses después del triunfo de la revolución en Irán. La entrada en escena del Ejército Rojo destruyó los equilibrios tribales y condujo a una guerra civil en la que se involucraron países vecinos (sobre todo Paquistán) e indirectamente Estados Unidos. Se iniciaba el último capítulo de la Guerra Fría.

La intervención soviética provocó el éxodo de cuatro millones de afganos hacia Paquistán, desde donde se organizó la resistencia. El centro de operaciones estuvo en la ciudad fronteriza de Peshawar, que se convirtió en un punto de atracción del islamismo internacional. En Peshawar se entrecruzaban el dinero saudita, el armamento facilitado por Estados Unidos, el tráfico de drogas destinado a financiar la *yihad* (guerra santa), los servicios secretos occidentales y paquistaníes, y las grandes organizaciones islamistas. Todos se proponían apoyar a los combatientes afganos (conocidos como *mujahidines*) en su lucha contra los soviéticos. También llegaban militantes de distintos países, para recibir entrenamiento y sumarse a los combates. Fue allí donde por primera vez adquirió visibilidad la red Al Qaeda.

En febrero de 1989, tras acumular una década de fracasos, Mikhail Gorbachov decidió retirar al Ejército Rojo de Afganistán. El país se hundió desde entonces en un conflicto entre "señores de la guerra" que respondían a diversas tradiciones tribales y étnicas. El contrabando, el tráfico de armas y el cultivo de opio fueron las bases de la economía del país. En abril de 1992, el desgaste del gobierno comunista –ya sin el apoyo soviético– y la presión de la guerrilla islamista provocaron la renuncia del presidente Najibullah, que ocupaba el poder desde 1987. Lo sucedió un régimen islamista encabezado por Burhanuddin Rabbani. Pero ni siquiera ese cambio terminó con la guerra civil.

A fines del año 1994, los talibanes entraron en escena. El nombre del movimiento se debe a que estaba integrado por *talibs*, es decir, estudiantes de las escuelas islámicas (*madrasas*) instaladas en los campos de refugiados de Pakistán. Esta milicia formada por estudiantes del Corán pretendía restablecer el orden, desarmar a la población e imponer la *sharia* o ley islámica.

Gracias a su disciplina, al coraje con el que combatían (consecuencia del valor que daban al martirio) y al armamento con el que contaban, los talibanes fueron venciendo a los distintos grupos hasta culminar en su victoriosa entrada a Kabul, la capital del país, el 26 de setiembre de 1996. En octubre del año siguiente proclamaron el Emirato de Afganistán, que sustituía a la República, para destacar el carácter islámico de su régimen. En 1998 lograron controlar la zona del norte de Afganistán y obligaron a sus adversarios (reunidos en la Alianza del Norte) a replegarse en una estrecha franja fronteriza.

Los talibanes son *sunitas* ultraconservadores que detestan a los *chiitas*. Su interpretación restrictiva y oscura de la *sharia* los lleva a rechazar toda forma de debate u oposición. Su triunfo militar, sumado a la porosidad de las fronteras afganas, preocupó a las repúblicas musulmanas de Asia Central, que en general apoyaron a la Alianza del Norte. El gobierno iraní movilizó tropas hacia la frontera con Afganistán y denunció el apoyo que Paquistán estaba prestando al nuevo régimen. En el juego de alianzas y oposiciones pesaban razones políticas pero también motivos religiosos: Irán tiene una fuerte mayoría *chiita*, mientras que las tres cuartas partes de los pakistaníes son *sunitas*.

En el año 1996, Osama Bin Laden volvió a Afganistán tras seis años de ausencia. Su fama venía del tiempo de la ocupación soviética, cuando había reclutado y entrenado a 35 mil combatientes islamistas. También había influido ideológicamente sobre los talibanes, al familiarizarlos con su proyecto panislamista.

Tras su retorno, Osama entabló una fuerte relación personal con el jefe supremo de los talibanes, el *mullah* Omar. La influencia que ejerció sobre él llevó al gobierno afgano a tomar posiciones cada vez más duras contra Estados Unidos, las Naciones Unidas, los saudíes y otros gobiernos musulmanes moderados.

El éxito de la prédica de Bin Laden no se debió únicamente a sus antecedentes, sino al contexto que encontró. En agosto de 1990, el Irak de Saddam Hussein había invadido Kuwait. El 17 de enero de 1991, una coalición de 35 países, notoriamente liderada por Estados Unidos, había lanzado un ataque a gran escala contra las fuerzas iraquíes y las había obligado a replegarse hasta los suburbios de Bagdad. La derrota de Irak despertó el sentimiento de humillación latente en las poblaciones musulmanas por su relación desigual con Occidente.

Bin Laden y su aparato de propaganda se sirvieron de ese sentimiento para promover su propia causa. La Guerra del Golfo fue presentada como una cruzada contra el Islam, y la presencia de tropas estadounidenses y otras potencias en el territorio "sagrado" de Arabia Saudita fue considerada un ultraje. La desunión de los países árabes ante el conflicto fue vista como un síntoma de la decadencia política producida por la pérdida de piedad religiosa y por la degradación moral introducida desde Occidente.

El Islam pasó a ser un vehículo del nacionalismo árabe. Enormes poblaciones encontraron en él un sentido de pertenencia y una autonomía ideológica que los protege contra el exterior. El propio Saddan Hussein abandonó su panarabismo secularizador, adoptó un lenguaje religioso que nunca había usado y convirtió el conflicto con Estados Unidos (del que había sido aliado) en un acto de defensa del Islam. El presidente norteamericano George H. Bush lo ayudó en la tarea, al usar también él un lenguaje religioso que acentuaba el aire de cruzada.

En la segunda mitad de los noventa, Afganistán se convirtió en la expresión más visible del repliegue de las poblaciones árabes e islámicas ante la hegemonía de Occidente, y en el centro de difusión de un feroz antioccidentalismo que a su vez alimentaba el temor hacia el Islam. Pero no fue hasta el año 2001 que Estados Unidos actuó militarmente contra el régimen talibán.

Tras los atentados del 11 de setiembre de 2001, el gobierno del *mullah* Omar se negó a entregar a Bin Laden y a cerrar los campos de entrenamiento de Al Qaeda que funcionaban en el país. El resultado fue una invasión que terminó al menos transitoriamente con el dominio talibán. Pero la victoria militar no mejoró las cosas en Afganistán. Hoy, a cinco años de la huida del mullah Omar, las tropas de la OTAN son hostigadas, las instituciones políticas no se han estabilizado y los talibanes, que por un momento parecieron extinguidos, se están fortaleciendo. Este resurgimiento se debe en parte al clima creado por la nueva invasión que el presidente George W. Bush lanzó contra Irak. Justificada con argumentos que resultaron falsos, opacada por negociados e incapaz de traer alguna consecuencia positiva a un país asolado por la destrucción y la humillación, esa guerra contribuyó a reforzar los reflejos antioccidentales del mundo musulmán.

Desde hace treinta años, Afganistán es un país consumido por la guerra. Las estadísticas lo muestran como uno de los más pobres y atrasados del mundo: una esperanza de vida de 46 años, una tasa de mortalidad infantil de 146 por mil y un analfabetismo del 70 por ciento. Es también un puzzle étnico, religioso y lingüístico, y uno de los mayores productores de opio del mundo. Nadie sabe exactamente cómo instalar una paz y una estabilidad que casi nunca existieron. ■



Jatamí proponía una política de mayores libertades, fortalecimiento de la sociedad civil, desarrollo económico equitativo y política exterior moderada. Este programa resultaba muy popular entre los jóvenes y estudiantes, entre las mujeres, la nueva clase media y las minorías religiosas y étnicas, incluidos los *sunitas*. El holgado triunfo de Jatamí (69 por ciento de los votos, equivalentes a 29,7 millones de votantes) hizo creer que Irán entraría en un período de reformas fundamentales. Y efectivamente, sus primeros pasos fueron en la dirección de reconciliar al Islam con la democracia liberal, al tiempo que impulsaba una política exterior conciliadora.

Pero sus políticas generaron una fuerte reacción de parte de los conservadores, y muy especialmente de parte de las autoridades religiosas que controlaban lugares estratégicos en el aparato del estado. Frente a los intentos por ampliar la libertad de prensa y de expresión, se reforzaron mecanismos de control que incluían la censura previa de escritos y discursos por parte de los líderes espirituales del régimen. Una sorda lucha de poder se desarrolló dentro de los órganos de gobierno. En esa lucha todos ganaron y perdieron batallas, pero el resultado global estuvo muy por debajo de los deseos de la mayoría de iraníes que se habían expresado en las urnas. A eso se sumaron nuevas dificultades económicas ligadas al comportamiento del precio del petróleo, al déficit de inversión acumulado en los años anteriores y a la resistencia de los grupos dominantes (clérigos y comerciantes de los bazares) a todo intento de abrir la economía y favorecer la inversión extranjera.

Jatamí tuvo algunos logros en política exterior, como el restablecimiento de relaciones diplomáticas con el Reino Unido (que se habían interrumpido tras la condena a Rushdie) y una aproximación a la Rusia postsoviética que le permitió acceder a armamento y tecnología. Pero también enfrentó tensiones con Irak y Turkía, y entró en una espiral de conflicto con Afganistán a partir del momento en que los talibanes tomaron el control. El gobierno estuvo globalmente muy por debajo de las expectativas y la desilusión entre los iraníes se generalizó.

El Irán posterior a Jomeini fue un período de marchas y contramarchas políticas, pero en un terreno específico fue una época de avances significativos: la condición de la mujer mejoró de manera notoria.

La revolución de 1979 había sido contradictoria en relación a las mujeres. Por una parte, las había estimulado a intervenir en política y a participar en las movilizaciones. Los líderes religiosos fomentaron la educación de las niñas y también se mostraron favorables a la participación social de las mujeres durante la guerra Irán-Irak. Pero, al mismo tiempo, aprobaron y reforzaron leyes que las postergaban. Por ejemplo, se prohibió que mujeres pudieran actuar como jueces y se las desplazó de numerosos cargos gubernamentales. Muchas mujeres respondieron refugiándose en la vida privada, pero las más educadas siguieron ocupando espacios en terrenos que seguían siendo accesibles, como la enseñanza, la medicina y las artes.

En los años siguientes a la muerte de Jomeini, la lucha por los derechos de la mujer involucró a un creciente número de personas y terminó por convertirse en un tema central de la agenda pública. Cada vez más mujeres se atrevieron a condenar instituciones y prácticas discriminatorias como la poligamia, los matrimonios temporales, el libre divorcio para los hombres y la custodia paterna de los hijos.

Las puntas de lanza fueron las mujeres que trabajaban en los medios de comunicación y las que ejercían cargos de representación política. Las revistas femeninas publicaban historias de mujeres maltratadas por maridos violentos, que perdían a sus hijos o se suicidaban. Las diputadas llevaban esos temas al

Osama Bin Laden

Nació en 1957 en Jeda, Arabia Saudita. Es uno de los 54 hijos (con 11 esposas diferentes) del jeque Mohamed Bin Laden, un gran contratista de origen yemení que hizo una inmensa fortuna gracias a sus relaciones con la familia real saudí. Osama tuvo una educación a cargo de profesores privados, vivió rodeado de lujos y alternó con los hijos de la realeza.

Su padre murió en un accidente de helicóptero en 1968. Poco después, con solo 13 años, Osama heredó 80 millones de dólares (se estima que actualmente tiene unos 300 millones). Estudió en la Universidad de Jeda, de la que egresó en 1979 con un título de ingeniero. Enseguida se unió al plantel de ingenieros de sus propias empresas y participó en el mundo de los negocios. Hay fotos que lo muestran en los boxes de las carreras de Fórmula Uno, junto al corredor argentino Carlos Reutemann. Eran los tiempos en los que sus dólares financiaban al equipo Williams.

Pero desde sus años en la universidad había otro interés en su vida. Uno de sus profesores, Sheij Abdala Azam, había influido fuertemente sobre él. Era un hombre con convicciones islamistas radicales, que quería liberar al mundo islámico de la dominación extranjera y reclamaba el retorno de la juventud musulmana a los fundamentos de la fe. Probablemente como reacción al acuerdo de paz entre Egipto e Israel firmado en setiembre de 1978, Osama empezó a volcarse hacia la religión.

En 1979 estalló la revolución islámica en Irán, y en diciembre de ese año los soviéticos invadieron Afganistán. Al año siguiente, Osama abandonó su vida de empresario para sumarse a la *yihad* (guerra santa) contra los invasores soviéticos. Su tarea consistía en reclutar guerrilleros no afganos que estuvieran dispuestos a combatir en Afganistán, armarlos y darles entrenamiento.

En el correr de los años siguientes llegó a reclutar cerca de 35 mil combatientes provenientes de 40 países, que fueron entrenados en campos situados en la frontera con Pakistán. La base de datos que organizó y los circuitos financieros que montó para sostener sus actividades fueron el embrión de Al Qaeda, que fundó en 1988 con veteranos de la guerra de Afganistán.

Se ha especulado mucho sobre los vínculos entre Bin Laden y la CIA durante la guerra de Afganistán. Es indudable que la agencia participó activamente en el conflicto, al punto de volcar en ese escenario unos tres mil millones de dólares. Pero no existen pruebas de que alguna



porción de ese dinero haya ido a parar a manos de Bin Laden. La idea predominante es que la CIA desconfiaba de las milicias extranjeras y prefería apoyar directamente a los *mujahidines* afganos.

Cualquiera fuera el grado de cercanía, las relaciones con Estados Unidos se hicieron definitivamente hostiles tras la Guerra del Golfo de 1991. Bien Laden condenó la intervención estadounidense, denunció la presencia de tropas occidentales en Arabia Saudita como una profanación y multiplicó los llamamientos a derrocar a la monarquía saudí, los viejos amigos de su infancia. En 1991 dejó Arabia Saudita para instalarse en Sudán, donde vivió durante cinco años. En 1993 perdió la ciudadanía saudí.

En 1996 se estableció en Afganistán, junto a su familia y un número indeterminado de seguidores. Inmediatamente estableció una relación de amistad con el principal jefe de los talibanes, el *mullah* Omar, a quien entregó una de sus 13 hijas en matrimonio. Ese mismo año el presidente Clinton autorizó a la CIA a emplear todos los medios a su alcance para eliminarlo.

Al Qaeda se fijó como objetivo la guerra santa contra Estados Unidos y sus aliados en Oriente Medio. En 1998 se produjeron los atentados contra las embajadas norteamericanas en Nairobi y Dar es Salam, en los que murieron 263 personas. En octubre del año 2000 se produjo en Adén el ataque contra el crucero *US-Cole*, que causó 17 muertos. Todas estas acciones son atribuidas a Al Qaeda, aunque quedaron opacadas por los ataques a las Torres Gemelas y al Pentágono el 11 de setiembre de 2001, en los que murieron cerca de tres mil personas. ■

Parlamento. La relación con mujeres de otros países, gracias a la participación en conferencias internacionales, contribuyó a estimular la movilización y a hacer más públicas las reivindicaciones.

La acción organizada de las mujeres produjo cambios importantes en el correr de los años ochenta. Sucesivas decisiones legislativas limitaron el derecho del marido a prohibir que su esposa desempeñe un trabajo específico y crearon un nuevo contrato matrimonial en el que se contemplaba el mal comportamiento del marido como causa de divorcio. Cada vez más mujeres recibían educación (en 1991, el 30 por ciento de los estudiantes universitarios eran mujeres) y eso las hizo más sensibles ante la pérdida de sus derechos. Muchas mujeres se convirtieron en exitosas empresarias o se dedicaron a profesiones muy visibles. Muchas otras volvieron a buscar oportunidades en el mercado de empleo.

Los períodos de endurecimiento del régimen (que obligaron a limitar el discurso a los parámetros islámicos) trasladaron la discusión a la órbita religiosa. Algunas mujeres aprendieron con maestría las técnicas de argumentación islámica y encontraron argumentos teológicos para defender su causa. Las interpretaciones reformistas del Islam no eran nuevas, pero en Oriente Medio no habían sido adoptadas por los clérigos educados en la tradición ni por las propias mujeres. Eso empezó a cambiar gradualmente y tuvo impacto más allá de las fronteras de Irán.

La defensa de los derechos de la mujer dio lugar a una cooperación sin precedentes entre grupos dispares: detrás de esta causa se agruparon mujeres religiosas y seculares, hombres no religiosos y clérigos reformistas. Claros referentes del movimiento secularizador, como la abogada y activista Mehrangiz Kar, la jurista Shirin Ebadi o el director de cine Tahmineh Milani, aparecieron escribiendo en revistas para mujeres de orientación islámica. Una convergencia de esta clase no tenía precedentes en el país. Pero todo debió ser hecho de manera prudente y eligiendo cuidadosamente las palabras.

Irán hoy

El Irán de la actualidad se parece muy poco al que existía antes de la revolución. En primer lugar, se ha producido un importante crecimiento demográfico: los 33,7 millones de 1976 son hoy 70 millones. La década de mayor crecimiento fue la de la revolución: el crecimiento medio anual entre 1976 y 1986 fue del 3,1 por ciento, contra un 2,7 por ciento de la década anterior y un 2 por ciento de la siguiente. El crecimiento demográfico pro-

fundizó la tendencia al rejuvenecimiento de la población: desde hace algo más de diez años, la mayoría de los iraníes tiene menos de 18 años. Tras la muerte de Jomeini también volvió a intensificarse el proceso de urbanización: la población urbana pasó de 47 por ciento en 1976 al 61 por ciento en 1996.

La revolución facilitó el acceso de la población urbana a la educación: la tasa de alfabetización pasó del 59 por ciento en 1976 al 79 por ciento en 1991, pese al aumento de la población. Entre las mujeres, la alfabetización pasó del 36 al 67 por ciento. El número de estudiantes universitarios pasó de 154 mil en 1976 a más de 500 mil en 1991. En contrapartida, la calidad de la enseñanza y el nivel medio de los diplomados sufrió un descenso.

También mejoró el acceso a algunos servicios esenciales: en el año 2001, el 82 por ciento de los hogares disponía de energía eléctrica y el 72 por ciento tenía agua corriente. Pero las desigualdades sociales persisten hasta hoy y los desposeídos siguen siendo mayoría. Mientras tanto, las nuevas clases acomodadas (ulemas, grandes comerciantes de los bazares, intelectuales, profesionales liberales) disfrutan de ventajas similares a las que antiguamente disfrutaba la elite que rodeaba a Reza Pahlevi. Tal como ocurría en tiempos del *sha*, el mejor camino que tienen los iraníes para mejorar sus condiciones de vida es el cultivo de las relaciones políticas.

Irán es hoy un país más joven, más urbanizado y con mayor acceso a la educación y otros servicios por parte de las clases populares. Pero la economía sigue siendo poco diversificada y excesivamente dependiente de los hidrocarburos: en 1974, el 97 por ciento de las exportaciones eran ventas de petróleo; en 1996, la cifra solo había descendido al 87 por ciento. El populismo económico implantado por la revolución (que sustituyó con subvenciones las reformas sociales que no hizo) favoreció el clientelismo político y desalentó las iniciativas empresariales autónomas. La legislación iraní y el aislamiento vivido durante años no

El islamismo en los años ochenta y noventa



El crecimiento de los grupos islamistas fue alentado por el triunfo de la revolución en Irán, pero tiene como causa profunda el fracaso de los modelos poscoloniales en el ámbito musulmán. Ante un mundo que se volvía incierto y excluyente, el retorno a los valores religiosos y la búsqueda de la autenticidad cultural operaron como un refugio colectivo. Pero las particularidades del movimiento solo se entienden si se tienen en cuenta algunos rasgos específicos del Islam.

A diferencia de lo que ocurrió con el cristianismo, el islamismo nació como una estructura político-religiosa. Mientras el cristianismo se sumó al estado creado por los romanos, el islamismo creó su propio estado: la condición de musulmán es inseparable de una ciudadanía común entendida como pertenencia a una comunidad político-religiosa (la *Umma*).

El concepto de nacionalidad territorial, importado muy recientemente desde Occidente, sigue siendo una idea mal asimilada. Para las poblaciones musulmanas, la pertenencia islámica es una identidad que da al individuo el sentido de sí mismo. En tiempos de crisis, este sentimiento aflora con facilidad.

Otro factor decisivo es el carácter triunfante y dominador que tuvo el Islam desde su nacimiento hasta la decadencia y fragmentación del Imperio Otomano. Esta memoria histórica ha pervivido en unos musulmanes que, a lo largo del siglo XX, pasaron brutalmente de dominadores a dominados. Los islamistas han sabido transmitir a unas poblaciones desmoralizadas que hubo un pasado en el que el Islam fue exitoso y creativo. Con ello devuelven algo de la confianza perdida a una población que pasó a engrosar las filas del tercermundismo y la emigración.

Otro rasgo específico, que estuvo presente a lo largo de los trece siglos en los que el Islam mantuvo su unidad política (desde sus orígenes hasta la supresión del Califato en 1924), es el modo en que se debe juzgar a un gobernante: lo que importa no es tanto la forma en que accedió al poder, sino el modo en que lo ejerce. El principio de legitimidad se basa en el justo ejercicio del gobierno de acuerdo con los principios del Islam. Los Doctores de la Ley son los encargados de verificarlo. En consecuencia, la oposición política siempre se ejerció por la vía de la deslegitimación religiosa. El mal monarca es aquel que se desvía del verdadero Islam y aleja a los fieles del mensaje original. Esta concepción sigue condicionando hasta hoy las maneras de hacer política.

El islamismo aportó a unas generaciones que se sentían inseguras de su lugar en el mundo y amenazadas por el desarrollo avasallador de Occidente, un lenguaje que les permitía reapropiarse de su cultura y reconciliarse con ella. Al mismo tiempo supo presentarse como una oposición política que formulaba sus ataques en un lenguaje convergente con la tradición. Esta combinación les permitió desplazar fácilmente a fuerzas políticas modernizadoras con escaso arraigo social.

Pero no es solo contra la modernización que se manifiesta el islamismo, sino ante todo contra las minorías que se beneficiaban de ella en forma excluyente. La propuesta de reislamización es atractiva porque incluye una promesa de inclusión social. No está claro cómo podrá evolucionar el movimiento si esa promesa no consigue ser cumplida. ■

historiareciente

17/25

Una serie de 25 fascículos publicada por el diario El País con el apoyo del **Centro de Estudios Jean-François Revel**.

Dirección de proyecto
Pablo da Silveira

Investigación y redacción
Pablo da Silveira
Francisco Faig
Félix Luna
Enrique Mena Segarra
Martín Peixoto

En el presente fascículo se contó con la participación especial de la Prfa. **Susana Mangana**.

Asistente
José López

Fotografías
Archivo de El País

Diseño gráfico, armado y corrección
Trocadero

Publicación
El País

Impreso en El País
Depósito legal: 334.251



La cultura islámica hoy

En el año 2002, la revista estadounidense *Time* eligió como libro del año un impreso publicado por el Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas (PNUD): el *Informe sobre el Desarrollo Humano Árabe*. Desde entonces, más de un millón de lectores lo consultaron en Internet.

El documento fue elaborado por ciudadanos árabes de distintas profesiones (sociólogos, politólogos, economistas, analistas culturales) y describe una situación preocupante.

Los países árabes padecen de estancamiento económico crónico, ausencia de libertades, nivel educacional en caída y un muy bajo desarrollo tecnológico. A diferencia de las interpretaciones que atribuyen las dificultades a la influencia de Occidente, los autores se concentran en los problemas internos: escasa movilidad social, trabas para el desarrollo científico técnico, excesivo peso del estado, ausencia de normas claras, falta de democracia, exclusión de las mujeres.

Entre 1980 y 2000, se patentaron en Estados Unidos 370 inventos provenientes del mundo árabe. En esa misma época se patentaron 8 mil inventos israelíes y 16 mil coreanos. El 90 por ciento de las investigaciones científicas se realizan en el campo de la tecnología aplicada (agronomía, alimentación, salud, medio ambiente). Solo un 3 por ciento se lleva a cabo en tecnologías innovadoras como la biología molecular y la informática. Se calcula que, desde el año 1976, se marcharon al extranjero el 23 por ciento de los ingenieros, el 50 por ciento de los médicos y el 15 por ciento de los científicos naturales formados en los países árabes. Entre 1998 y 2000 emigraron unos 15 mil médicos.

Contra la imagen que se tiene en Occidente, el informe describe a los países árabes como países con dificultades económicas. El producto bruto del conjunto es de 604 mil millones de dólares, lo que es apenas un poco más que los 559 mil millones de España. El crecimiento económico es lento. El promedio de la región para el bienio 1998-99 no llega al 4 por ciento, frente a un 15 por ciento de China, un 8 por ciento de Corea y un 6 por ciento de la India.

La venta de petróleo generó dinero, pero no productividad ni conocimiento tecnológico. Además provocó un cambio en la escala de valores de la sociedad: dado que el dinero del petróleo permite comprar cualquier bien y contratar a cualquier experto, se desvalorizaron el conocimiento, la capacidad creadora y el espíritu emprendedor.

Existe además una situación de aislamiento cultural. En la segunda mitad de los años ochenta, en todo el mundo árabe se tradujeron 4,4 libros por millón de habitantes. En el mismo período, en Hungría se tradujeron 519 libros por millón de habitantes, y en España 920. Con la sola excepción de Egipto, en el mundo árabe casi no se estudian otras sociedades. No hay materias equivalentes al orientalismo, que se dictan comúnmente en las principales universidades europeas y norteamericanas.



Tampoco es elevada la producción propia. En 1991 se editaron en el mundo árabe 6.500 libros nuevos, lo que equivale al 1,1 por ciento de la producción mundial. Los árabes representan el 5 por ciento de la población mundial. Y la tendencia es decreciente. Los libros editados en todo el mundo árabe en 1996 representan el 0,8 de la producción mundial. El 17 por ciento de esos libros trataban temas religiosos. Además, los tirajes son bajos: para un número potencial de 300 millones de lectores, las ediciones no pasan de mil o dos mil ejemplares. Solo un 0,6 por ciento de los árabes usa Internet, y un 1,2 por ciento tiene una computadora en casa.

Los países árabes figuran entre los que respetan menos las libertades individuales. Cinco de ellos se cuentan entre las sociedades menos libres del planeta. Sin embargo, y contra el prejuicio difundido en Occidente, las encuestas de opinión y los estudios comparados muestran que las ideas de libertad y democracia tienen el mismo grado de aceptación que la media mundial. La población de los países árabes solo se diferencia del resto en su postura respecto del papel de las mujeres en la sociedad. ■

contribuyeron a atraer la inversión extranjera. Tampoco ayudó en este terreno el embargo comercial de Estados Unidos, fundado en la sospecha de conexiones entre el gobierno iraní y distintas organizaciones terroristas.

Pero las dificultades económicas del régimen no pueden atribuirse a factores externos. Una ilustración de las dificultades creadas internamente son las fundaciones que nacieron en los primeros años de la revolución para administrar los recursos expropiados a la familia del *sha* y a la antigua elite política. Esas fundaciones existen hasta hoy y administran el 40 por ciento del producto bruto. Dirigidas por miembros de las nuevas elites políticas, esas organizaciones gozan de exoneraciones y privilegios que distorsionan la actividad económica. Como son organismos públicos no estatales, escapan al control del gobierno y usan sus recursos con total discrecionalidad. El sistema clientelar que nació en torno a ellas produjo una hipertrofia del sector terciario, que pasó de ocupar al 25 por ciento de la población activa en 1966, a ocupar el 46 por ciento en 1990.

La reorientación económica y política emprendida tras la muerte de Jomeini agudizó las tensiones dentro del grupo gobernante y alimentó el conflicto entre unos sectores religiosos muy radicalizados y nuevos dirigentes políticos más pragmáticos y moderados. Los líderes religiosos siguen teniendo una influencia institucional muy importante, que les es otorgada por la propia Constitución, pero los políticos pragmáticos son necesarios para enfrentar problemas como una deuda externa de más de 30 mil millones de dólares, el embargo comercial de Estados Unidos, la falta de inversiones extranjeras, las oscilaciones en el precio del petróleo y el problema kurdo, que tiene bases reales pero al mismo tiempo es alimentado por servicios secretos extranjeros y países vecinos.

Para complicar todavía más las cosas, el ataque a las Torres Gemelas provocó cambios en las relaciones internacionales. Irán ayudó a Estados Unidos en Afganistán, porque tenía un enemigo común en los talibanes. Esto abrió nuevas posibilidades de cooperación que fortalecían a los sectores políticamente moderados. Pero esa perspectiva se estropeó cuando, para sorpresa de los iraníes, el presidente George Bush, en un famoso discurso hecho en enero de 2002, incluyó a Irán junto a Irak y Corea del Norte en lo que llamó "el eje del mal". El argumento de la administración Bush fue que Irán tenía un pasado reciente de apoyo a grupos terroristas y que estaba haciendo esfuerzos por acceder a armamento

nuclear. La dirigencia iraní contestó que aspiraba a desarrollar tecnología nuclear con fines pacíficos y se mostró dispuesta a recibir inspecciones. Para neutralizar su imagen de aliado con el terrorismo, el gobierno extraditó a varios miembros de Al Qaeda para que fueran juzgados en Arabia Saudita. Pero nada de eso impidió que el torpe movimiento de la administración Bush debilitara al ala pragmática del gobierno.

Los episodios que se desarrollaron a partir del 11 de setiembre de 2001 ayudan a entender la victoria alcanzada por el conservador Mahmud Ahmadineyad en las elecciones presidenciales de 2005. Todos los pronósticos, dentro y fuera de Irán, daban como ganador al ex presidente Hashemi Rafsanyani, de perfil más centrista. Pero la insatisfacción acumulada por muchos reformistas durante la anterior gestión de Rafsanyani y el enrarecimiento de la situación internacional contribuyeron al triunfo de un candidato que representaba una clara marcha atrás en materia de apertura y flexibilización.

Los resultados electorales mostraron que el sentimiento popular contra los clérigos conservadores está todavía más vinculado a cuestiones económicas y a las denuncias de corrupción que a una defensa principista de la libertad. También es posible que los votos logrados por Ahmadineyad hayan reflejado preocupación ante lo que se percibía como una situación de debilidad en política internacional: Irán se enfrentaba a otros musulmanes (como los talibanes afganos) pero al mismo tiempo era amenazado por Estados Unidos. Muchos iraníes sintieron que eran los siguientes en la lista a ser atacados, y eso contribuyó a crispar los sentimientos nacionalistas. ■



BIBLIOGRAFÍA

Balta, Paul: *Islam: civilización y sociedades.* Madrid, Siglo XXI Editores, 1994.

Brieger, Pedro: *¿Guerra Santa o lucha política?* Buenos Aires, Biblos, 1996.

Brooks, Geraldine: *Nine parts of Desire.* Nueva York, Penguin, 1996.

Doncel Domínguez, José Antonio: *Utopía y Realidad en el Islam Actual.* Cáceres, Universidad de Extremadura, Servicio de Publicaciones, 1998.

Elorza, Antonio: *Umma. El integrismo en el Islam.* Madrid, Alianza Editorial, 2002.

Esposito, John; *Islam, the Straight Path.* Oxford, Oxford University Press, 1998.

Etienne, Bruno: *El islamismo radical.* Madrid, Editorial Siglo XXI, 2003.

Horrie, Chris y Chippindale, Peter: *¿Qué es el Islam?* Madrid, Alianza Editorial, 1994.

Hourani, Albert: *La Historia de los Árabes.* Madrid, Ediciones B, 2003.

Keddie, Nikki: *Las raíces del Irán moderno.* Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 2006.

Kepel, Gilles: *La yihad.* Barcelona, Ediciones Península, 2001.

Khalidi, Rashid: *La reafirmación del Imperio.* Madrid, La Catarata, 2004.

Kinzer, Stephen: *All the Shah's Men. An American Coup and the Roots of Middle East Terror.* Hoboken, Nueva Jersey, Wiley, 2003.

Fisk, Robert: *The great war for civilization. The conquest of the Middle East.* Londres, Harper Perennial, 2006.

Juergens-Meyer, Mark: *Terrorismo religioso.* Madrid, Editorial Siglo XXI, 2001.

Lewis, Bernard: *La Crisis del Islam: Guerra Santa y Terrorismo.* Madrid, Ediciones B, 2003.

Lewis, Bernard: *Las identidad múltiples de Oriente Medio.* Madrid, Siglo XXI, 2000.

Lewis, Bernard: *What went wrong?* Nueva York, Oxford University Press, 2002.

López García, Bernabé: *El Mundo Árabo-Islámico Contemporáneo. Una historia política.* Madrid, Editorial Síntesis, 2000.

Mernissi, Fátima: *El harén en Occidente.* Madrid, Espasa, 2001.

Rashid, Ahmed: *Taliban.* New Haven, Conn., Yale University Press, 2001.

Rashid, Ahmed: *Jihad, the rise of militant Islam in Central Asia.* Nueva York, Penguin Books, 2003.

Roy, Olivier: *El Islam mundializado. Los musulmanes en la era de la globalización.* Barcelona, Ediciones Bellaterra, 2003.

Said, Edward: *Orientalismo.* Barcelona, Random House Mondadori, 2003.

Tibi, Bassam: *La conspiración.* El trauma de la política árabe. Barcelona, Editorial Herder, 1996.

Waines, David: *El Islam.* Cambridge, Cambridge University Press, 2003. ■

Europa o la desterritorialización del Islam

Por Susana Mangana

[...] Para lograr algún éxito también es impostergable abandonar el discurso sobre el choque de civilizaciones o la guerra de religiones, que recupera el fantasma de las Cruzadas. Si se tratara de una guerra entre religiones, los grupos terroristas ya habrían atacado el Vaticano o la Abadía de Westminster.

Cada vez que se desbarata un atentado islamista en Europa, se reavivan las llamas de la hoguera de las civilizaciones. Los ciudadanos europeos aún conservan en su memoria las imágenes de los atentados de Madrid (2004) y Londres (2005), cuyo impacto en la opinión pública local fue superior al que causó el derrumbe de las Torres Gemelas en 2001.

Es que los atentados de Londres revelaron una fragmentación de la sociedad que los británicos no sospechaban. Quienes atentaron contra las Torres Gemelas eran extranjeros, ¿pero cómo explicar que jóvenes musulmanes nacidos y educados en Gran Bretaña atentaran contra compatriotas suyos? Tanto el *modus operandi* como el móvil de los ataques coincidían con los de Madrid, pero los atentados de Londres introdujeron una novedad que modificaba el perfil elaborado de los suicidas islamistas.

Los jóvenes suicidas de Londres eran aparentemente ciudadanos bien adaptados. Pero esa fachada de falsa normalidad escondía un rasgo cada vez más notorio entre los inmigrantes musulmanes: la marginalidad, entendida como una doble exclusión respecto de sus sociedades de origen (sea la paquistaní o la somalí) y de la sociedad adoptiva (sea la británica o la francesa). Este mismo desgarro interno fue el que produjo a principios del siglo XX los movimientos de liberación nacional que recorrieron el mundo árabe.

Aquel antecedente histórico ayuda a entender por qué estos jóvenes que asistieron a escuelas probablemente laicas y compartieron un pupitre con otros jóvenes británicos, decidieron volcarse un día a la religión de sus antepasados. Jóvenes que habían vivido mil veces la experiencia de sentirse diferentes (respecto de la cultura de sus padres, respecto de la cultura que los rodeaba) sacaron una conclusión que tiene su lógica: "Ya que me hacen sentir diferente, voy a potenciar esa diferencia, a estar orgulloso de ella y a mostrar lo que podemos hacer con ella". No es coincidencia que las familias de estos suicidas aseguren después de los atentados que ni siquiera sospechaban que sus hijos estuvieran interesados en la religión.

Gran Bretaña aparece como la punta del iceberg, porque es un país con una alta población de musulmanes (1,6 millones) y con leyes que pretenden amparar a las minorías. Pero el fenómeno de la desterritorialización del Islam afecta a otros países como Holanda, Francia, Alemania o más recientemente España. Las estadísticas de población musulmana en Europa, tanto de ciudadanos nacidos en territorio europeo que profesan esta fe como inmigrantes musulmanes legalmente establecidos, obligan a la reflexión sobre una nueva identidad europea que necesariamente ha de reflejar el componente islámico.

Antes Europa necesitaba mirar hacia la otra orilla del Mediterráneo para encontrar el Islam. Ahora, los defensores de la *Umma* islámica global (la nación islámica sin fronteras) convocan a los jóvenes inadaptados a imponer los cánones islámicos allí donde se encuentren. Un problema semejante solo podrá solucionarse si los líderes europeos, además de ponerse de acuerdo entre sí, buscan canales de entendimiento con sus pares de los países árabes e islámicos.

El desafío también existe para los líderes de asociaciones e instituciones islámicas en Europa, que deberían romper con la tutela ejercida por regímenes islámicos que defienden una interpretación rigorista de la fe y formular un Islam amparado en la modernidad, que sea compatible con los valores universales del derecho, la razón y la democracia.

Los líderes occidentales deben renunciar a su modelo paternalista de resolución de conflictos con otras culturas. Los líderes religiosos de las colectividades *sunní* y *chií* deben enfrentar los asuntos que están en el epicentro de la controversia con Occidente: la explotación fácil del término *yihad* por parte de grupos que no representan el Islam mayoritario y pacífico, la cuestión de la violación de derechos humanos en el mundo islámico, la negativa de algunos dirigentes políticos y religiosos para implementar el recurso moderador de la reflexión o interpretación, llamado *ijtihad*. De hacerlo así, contribuirán a la adaptación de las enseñanzas islámicas a los tiempos actuales, dejando sin efecto la discusión estéril sobre modernidad y tradición. Mientras no exista este compromiso mutuo seguirán los ataques, porque no se ha intentado atacar el problema de raíz sino los síntomas de la enfermedad.

Para lograr algún éxito también es impostergable abandonar el discurso sobre el choque de civilizaciones o la guerra de religiones, que recupera el fantasma de las Cruzadas. Si se tratara de una guerra entre religiones, los grupos terroristas ya habrían atacado el Vaticano o la Abadía de Westminster. Han demostrado tener los medios tecnológicos y las agallas necesarios para hacerlo. Sin embargo, los blancos del 11 de setiembre fueron principalmente símbolos económicos y de poder en Estados Unidos, y los ataques en Europa golpearon a la población civil.

El discurso de los terroristas islámicos invoca rutinariamente a Dios y a nociones abstractas como el bien y el mal. Lo mismo hacen, curiosamente, las principales figuras políticas de Estados Unidos. Pero el conflicto gira en torno a modelos de organización de la sociedad. Los islamistas rechazan un modelo occidental que, a sus ojos, ha generado pobreza, desigualdad, exclusión e inseguridad. Los occidentales temen que cualquier modificación a ese modelo termine con la tolerancia, la libertad y el derecho a vivir en paz. El desafío es gigantesco para todos. Pero, hasta ahora, sobran palabras y falta acción. ■



Susana Mangana. Española. Licenciada en Filología Árabe y Economía por la Universidad de Londres. Doctorando e Investigadora en la Universidad Autónoma de Madrid. Responsable de la Cátedra Permanente de Islam y Mundo Árabe en la Universidad Católica del Uruguay. Profesora de Estudios Árabes e Islámicos en el Instituto Artigas del Servicio Exterior, ANEP y diversas instituciones académicas uruguayas. Publica artículos de su especialidad en distintos medios.



PRÓXIMO FASCÍCULO

18/25

Uruguay: del fin de la guerra a 1958